

LAS PRIMERAS BIOGRAFÍAS DE BERNARDINO DE SAHAGÚN

ASCENSIÓN H. DE LEÓN-PORTILLA

No es tan raro en la historia encontrar grandes hombres que en su época no merecieron una biografía hecha por alguno de sus coetáneos. De algunos incluso nos cuesta trabajo aceptar que se haya perdido el recuerdo del dónde y cuando nacieron. Si enfocamos nuestra atención en las órdenes religiosas, a menudo encontramos en ellas figuras destacadas de las cuales poco se sabe, sobre todo de la etapa anterior a la entrada en la propia orden. No son muchos los que como fray Junípero Serra contaron con un biógrafo, Francisco Palou, amigo y hermano de orden; antes bien es frecuente que los miembros esclarecidos sean recordados brevemente en crónicas y menologios, y, en el mejor de los casos, con datos más precisos y abundantes que los miembros del común.

Así ha sucedido con varios franciscanos que brillaron en el siglo *xvi*, entre ellos fray Bernardino, quien en su tiempo no tuvo un biógrafo; justo es reconocer sin embargo que, al ser tan grande dejó gran recuerdo. Su memoria de religioso distinguido ha tenido siempre una presencia viva, primero entre sus hermanos de orden y, más tarde, entre los historiadores y bibliógrafos de los siglos *xvii* y *xviii*. Pero no fue sino hasta el siglo pasado cuando se empezaron a publicar las primeras biografías propiamente dichas, los primeros estudios dedicados específicamente a delinear su figura y a deslindar paso a paso, los diversos manuscritos que integran su obra.

En las dos últimas centurias mucho se ha escrito sobre la vida y la obra de Sahagún. Parecería como si los historiadores modernos quisieran recuperar al hombre que por siglos estuvo medio olvidado y, de esta manera, ganar un tiempo perdido para el saber etnohistórico y antropológico del México antiguo. A tal grado interesa hoy la figura del franciscano que casi se puede afirmar que cualquiera que utiliza sus escritos cae en la tentación de ofrecer algunos datos sobre su vida, algunos rasgos de su personalidad. De manera que contamos con un panorama amplio en lo que a biografías de Sahagún se re-

fiere, desde las amplias, analíticas, destinadas a detallar todos los momentos de su vida, hasta las breves, sintéticas, compendiosas, a veces presentadas como introducciones a ediciones de sus obras; tenemos también las biografías que podríamos calificar como “monográficas”, las que tocan exclusivamente un aspecto del quehacer sahumaguntino o un periodo concreto de su vida.

Las páginas que siguen son una presentación de los principales estudios publicados acerca de Sahagún siguiendo una secuencia cronológica desde el siglo xvi hasta fines del xix. A través de ellas, el lector percibirá cómo se va perfilando y engrandeciendo la figura del religioso tomando como punto de partida los escritos de sus compañeros de orden, quienes nos han legado los primeros rasgos de su personalidad, las primeras pinceladas firmes y profundas del retrato del franciscano.

Las primeras noticias sobre Sahagún y su obra

Fue en vida del propio Sahagún cuando se recogieron los datos más sobresalientes acerca de él y de su quehacer en la orden. Sus compañeros, sus discípulos coinciden en señalar que fue “mancebo de buen ver, de natural manso y humilde, dueño del donde la fortaleza, de la obediencia y, junto con Alonso de Molina, la mejor lengua mexicana entre los españoles”.¹

De entre los hermanos de orden que lo recuerdan vale la pena traer el testimonio de fray Jerónimo de Mendieta y fray Juan de Torquemada, en cierta manera, sus discípulos; y ya, muy entrado el siglo xvii, de otro franciscano que se preocupó por conservar viva la historia de su orden, fray Agustín de Vetancurt.

De todos ellos fue Mendieta el primero que lo recordó a lo largo de su *Historia Eclesiástica Indiana* terminada seis años después de la muerte de Sahagún, en 1596. Incluso le dedicó un esbozo biográfico bien trazado, lo que hoy nos parece una semilla de biografía. En este esbozo fray Jerónimo resalta los hechos principales de su vida: sus estudios en Salamanca, su venida a la Nueva España, su labor en conventos del centro de México y su aprendizaje de la lengua mexicana. Destaca su lectorado en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco desde su fundación, en 1536, hasta el final de su vida. Veamos su retrato.

¹ Como en resumen, así lo expresa Joaquín García Icazbalceta en *Bibliografía Mexicana del siglo xvi. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*, México, 1886. Nueva edición por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 328.

Muy macizo cristiano... manso, humilde, pobre y, en su conversación avisado y afable a todos... amó mucho el recogimiento... se ocupó sesenta y un años en predicar, confesar, doctrinar y mejorar el Colegio de Santa Cruz, a enseñar latinidad y buenas costumbres...²

Respecto de su obra es también quien primero se preocupa por comentar algunos de sus escritos. Y así nos dice que escribió "sermone doblados de todo el año, elegante postilla sobre epístolas y evangelios dominicales, las pláticas de los doce primeros padres y otros tratados de escogidísima lengua."³

Sobre la *Historia general* Mendieta nos ofrece dos citas que vale la pena comentar. En la primera escribe:

Y como hombre que más inquirió los secretos de esta lengua... compuso un Calepino (que así lo llamaba él) de doce o trece cuerpos de marca mayor, los cuales yo tuve en mi poder, donde se encerraban todas las maneras de hablar que los mexicanos tenían... Éstos, por ser cosa tan larga, no se pudieron trasladar.

La segunda, aunque similar a la primera, contiene algunas diferencias dignas de ser notadas:

Yo tuve en mi poder once libros de marca de pliego en que se contenían, en curiosísima lengua mexicana declarada en romance, todas las materias de las cosas antiguas... los cuales libros también compuso con intento de hacer un Calepino en que se diese desmenuzada toda la lengua mexicana que es de maravilloso artificio.⁴

Como vemos, en un lugar habla de doce o trece cuerpos de libros que "no se pudieron trasladar" (al castellano); en otro, de once de "curiosísima lengua mexicana declarada en romance". ¿Se refiere Mendieta a dos distintos traslados de la *Historia general*, o es uno citado con poca precisión? Y si son dos, ¿aludía a los que hoy llamamos *Códices Matritenses*, o a la copia final, "de buena letra, sacada en blanco" en 1569? Quizá la lectura detallada de otras fuentes coetáneas nos ayudaría a una aclaración. Por el momento pensemos que las obras del franciscano fueron consultadas y consideradas como repositorios de la antigua sabiduría.

Fray Juan de Torquemada, que también convivió con Sahagún, lo cita repetidamente en su *Monarquía indiana*, obra que terminó

² Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*. La publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, p. 664.

³ *Ibid.*, p. 551 y 663.

⁴ El primer texto corresponde a la p. 551; el segundo a la 663.

de redactar hacia 1612. En ella dedica un breve capítulo "al venerable padre fray Bernardino de Sahagún"; sigue casi textualmente a Mendieta aunque añade algunos datos nuevos como los de la descripción del entierro "con los colegiales de Santa Cruz con hopas y becas haciendo sentimiento de su muerte".⁵

Respecto de las obras de fray Bernardino, Torquemada repite las enumeradas por Mendieta; de alguna otra como el *Vocabulario trilingüe*, en latín, castellano y mexicano, nos dice "que yo tengo en mi poder". Las noticias que aporta acerca de la *Historia general*, son también las de Mendieta. Como fray Jerónimo, habla de los once libros acerca de "todas las materias que los indios usaban en su infidelidad... Los cuales compuso con idea de hacer su Calepino". Y termina el capítulo sobre Sahagún con una larga lista de escritos de índole religiosa que no han llegado hasta nosotros pero que varios bibliógrafos registran. Vale la pena reproducirla y pensar que quizá algunos de los títulos de ella eran variantes de un mismo tema: *Declaración parafrástica y el símbolo de quicumque vult; Declaración del mismo símbolo por manera de diálogo; Plática para después del bautismo de los niños; La vida y canonización de San Bernardino; Lumbre espiritual; Leche espiritual; Bordón espiritual; Regla de los casados; Fruta espiritual; Impedimento del matrimonio; Los mandamientos de los casados; Doctrina para los médicos; Tratado de siete colaciones, muy doctrinales y morales*.⁶

Importa destacar que Torquemada, por encima de seguir fielmente a Mendieta, conoció la obra de Sahagún y a menudo aduce el testimonio del franciscano como autoridad en la materia que está tratando, sobre todo cuando quiere dar veracidad a un suceso o a una realidad singular del México antiguo. Sirvan como ejemplos las descripciones del templo mayor de la ciudad de México y la narración de los sucesos de la Conquista.⁷

De considerable valor es el testimonio del tercer cronista franciscano, fray Agustín de Vetancurt porque a través de él se nos hace presente el recuerdo de Sahagún a poco más de un siglo de su muerte, en 1698. En este año fray Agustín publicó su *Teatro mexicano*, obra en la que se recoge copiosa información sobre la historia de la Nueva España. Al hablar de los varones ilustres nos dice de fray Ber-

⁵ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, edición preparada por el "Seminario para el Estudio de Fuentes de Tradición Indígena", bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, v. 6, p. 268.

⁶ *Ibid.*, v. 6, p. 268.

⁷ *Ibid.*, v. 3, p. 219 y v. 6, p. 266.

nardino: “uno de los cuatro primeros lectores de Tlatelolco, incansable en escribir y curioso en investigar las cosas y casas de la tierra”. Más explícito es en la descripción de sus obras. Habla, en primer lugar del Calepino, “que era de doce cuerpos” y de la segunda versión de la Conquista, “cuyo original vide en poder de don Juan Francisco de Montemayor, presidente de la Real Audiencia que lo llevó a España... y del que tengo en mi poder un traslado”. Registra también un *Arte*, *Sermones para todo el año*, *Postilla de los Evangelios* y *Epístolas* “donde he aprendido muy elegantes periodos”. Y aquí vale la pena recordar que Vetancurt cultivó la lengua mexicana y escribió acerca de ella. Otras obras de Sahagún de las que Vetancurt hace comentarios de interés son las “Pláticas de nuestros primeros padres en dos libros”, que más parecen del Espíritu Santo reveladas que de hombre escritas; la *Psalmodia*, la *Vida de Cristo y los santos*; la *Vida de San Bernardino* y un “Vocabulario trilingüe en latín, castellano y mexicano, que destrozado, tengo en mi poder”.⁸

Sahagún en las obras de los bibliógrafos y eruditos de los siglos XVII y XVIII

Los historiadores de la orden franciscana fueron sin duda los que en sus crónicas y menologios guardaron la memoria de un fray Bernardino admirado como gran evangelizador y como sabio en la lengua y en las antiguallas de los indios. Ellos hicieron posible que su renombre permaneciera vivo y que su obra fuera reseñada por tres bibliógrafos destacados del siglo XVII y, ya en la centuria siguiente, por varios eruditos ilustrados, quienes tuvieron la fortuna de presenciar los primeros hallazgos de los manuscritos de nuestro franciscano.

Los tres bibliógrafos a que me refiero son Antonio de León Pinelo, Lucas Wadding y Nicolás Antonio; los eruditos del siglo siguiente, fray Juan de San Antonio, Juan José de Eguiara y Eguren, Francisco Xavier Clavijero, Juan Bautista Muñoz y Angelo María Bandini. A través de todos ellos podemos apreciar cómo Sahagún va entrando en ese particular mundo de la Ilustración y el Neoclasicismo en el que se lograron tantos hallazgos que hoy nos siguen apasionando.

Antonio de León Pinelo tiene el mérito de ser el primer bibliógrafo que vio impresa una obra consagrada al Nuevo Mundo, el famoso *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y*

⁸ Fray Agustín de Vetancurt, “De los varones ilustres”, en *Teatro Mexicano*, México, Editorial Porrúa, 1971, p. 139. (Esta edición es facsimilar de la primera hecha en México por doña María de Benavides en 1698.)

Geográfica, Madrid, 1629.⁹ Pinelo había vivido en Tucumán y Córdoba y había estudiado en la Universidad de Lima; no es extraño que se interesara por dar a conocer los autores en lenguas indígenas. Jurista destacado y Cronista de Indias, trabajó gran parte de su vida en la *Recopilación de las Leyes de Indias* que se publicó en el reinado de Carlos II en 1681. Hombre enamorado de los libros, reunió en Madrid una excelente biblioteca sobre impresos y manuscritos del Nuevo Mundo, lo cual le facilitó la elaboración de su *Epítome*.

Respecto de las obras de Sahagún, Pinelo reproduce los títulos que encontramos en Torquemada, lo cual es natural si recordamos que la *Monarquía indiana*, Sevilla, 1615, era, en aquel momento, la historia más reciente sobre América. En unas cuantas líneas resume la *Historia general*, a la que llama "Historia de las cosas antiguas que los indios usaban en su infidelidad, así de sus dioses, idolatrías, ritos y ceremonias, como de su gobierno, leyes y policía". El título es en realidad la descripción que Mendieta y Torquemada habían utilizado para definir aquellos once o doce libros de Sahagún que llamaron también *Calepino*.

El franciscano Lucas Wadding logró publicar la primera bibliografía completa —hasta donde esto es posible— de sus hermanos de orden. Intitulada *Scriptores Ordinis Minorum*, Roma, 1650, en ella aparece la *Historia general* bajo el título de "Dictionarium copiosissimum... quod aliqui... Calepinum vocabant". La presencia de Sahagún en esta obra ayudó a que fuera conocido en un nuevo país y por un nuevo grupo de lectores.

El tercer bibliógrafo del siglo xvii, Nicolás Antonio es uno de los grandes autores que, dentro del humanismo de su tiempo, logró penetrar en el conocimiento de la riqueza cultural que se encierra en los libros. Si León Pinelo fue el precursor con su *Epítome*, Nicolás Antonio es el gran bibliógrafo del Barroco que integra un universo de autores y de obras y a través de ellos nos muestra la capacidad de creación de un pueblo. Su obra está concebida en dos partes, *Bibliotheca hispana vetus*, 1696 y *Bibliotheca hispana nova*, 1672, ambas publicadas en Madrid; es precisamente en esta última, aunque primera en salir a la luz, donde cobran vida los escritores del Nuevo Mundo y desde luego, nuestro Sahagún. De él afirma que es perito en la lengua mexicana y escritor de libros "qui maximo sunt hodie

⁹ Fue tal el interés que despertó el *Epítome* que un siglo después, en 1737, salió una segunda edición muy ampliada, por el erudito Andrés González Barcía, cofundador de la Real Academia Española.

adjumento sacris concionatoribus atque animarum pastoribus".¹⁰ Recuerda sus principales obras: *Arte*, *Diccionario trilingüe*, *Psalmodia*, *Postilla*, *Pláticas de los primeros padres de Nueva España* y *La Conquista de México*. Al citar la *Historia general* vuelve a utilizar como título la definición de Mendieta "Historia de las cosas antiguas que los indios usaban en su infidelidad, así de sus dioses, idolatrías, ritos y ceremonias, como de su gobierno, leyes y policía, xi libros".

Gracias a la obra de estos tres bibliógrafos, León Pinelo, Wadding y Antonio, Sahagún y otros escritores en lenguas indígenas entran en el gran repertorio bibliográfico universal, y pasan a ser un testimonio para los lectores europeos del desarrollo cultural del mundo americano mestizado ya por los aires del Renacimiento y del Barroco.

Pero fue en el siglo XVIII cuando las noticias sobre Sahagún y su obra empezaron a adquirir mayor dimensión y en tal hecho influyó otro cronista franciscano, fray Juan de San Antonio. En 1732 este autor publicaba en Madrid su *Bibliotheca universal franciscana* y en ella daba noticia de una novedad que tendría consecuencias importantes: era, nada menos que el hallazgo del manuscrito de la *Historia general de las cosas de Nueva España* en el convento franciscano de Tolosa, en el País Vasco. La noticia fue recogida en México por Juan José de Eguiara y Eguren, mientras en España, como veremos, serviría para estimular el nunca satisfecho apetito histórico de Juan Bautista Muñoz, Cronista de Indias.

A México, la noticia dada por fray Juan de San Antonio llegó en un momento en que Eguiara, preparaba su monumental obra que salió a la luz en 1755, *Bibliotheca mexicana sive eruditorum historia virorum*. Escrita en latín, era la primera gran bibliografía mexicana concebida con erudición y nacionalismo, como ha puesto de relieve Ernesto de la Torre en su "Estudio preliminar" a la reciente edición facsimilar.¹¹ Sahagún es figura importante en la obra de Eguiara, es el estudiante que deja la Universidad de Salamanca para emprender una gran aventura como evangelizador en México, y es el maestro de latinidad en el escenario del Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Es también el infatigable investigador de las cosas mexicanas, escritor en náhuatl de libros eruditísimos. Consciente quizá del valor de ellos, Eguiara no se limita a repetirnos los títulos que él mismo dice ha tomado de Torquemada y Vetancurt sino que, en la

¹⁰ Nicolao Antonio Hispalensi, *Bibliotheca hispana nova sive hispanorum scriptorum*, 2ª edición, Matriti, apud Joaquinum de Ibarra, 1733, v. 2, p. 219.

¹¹ Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca mexicana*, edición preparada por Ernesto de la Torre Villar, México, UNAM, 1986, v. 1, p. ccxcv.

mayoría de los casos, añade un valioso comentario. Sirva de ejemplo su descripción del *Dictionarium trilingue* (Vocabulario trilingüe) del cual reproduce unas líneas del "Proemio". Este dato nos revela que tuvo a la mano algunos escritos del franciscano; además del Vocabulario conoció los *Sermones varios de dominicis defunctis idiomate mexicano...*" quos authographos vidimus... ad S. Jacobi de Tlatelolco Franciscanorum".

Respecto de la *Historia general* ofrece dos notas de interés. Por una parte nos habla de los libros "sobre las cosas naturales, civiles, religiosas, animales, plantas, idolatrías, supersticiones... pulcherrimaque alia". Por la otra, describe el nuevo hallazgo "*Historiam universalem Novae Hispaniae* in 12 libros distributam. Mss... In Tolosanu Conventu Cantabrigae Provinciae tomis quatuor".¹² Eran, en realidad, dos noticias de una misma obra que Eguiara no tuvo los datos suficientes para identificar como una sola.

Unos años después que Eguiara publicara su *Bibliotheca mexicana*, otro mexicano ilustre, Francisco Javier Clavijero redactaba en su destierro de Bolonia la primera historia de México que, escrita por un novohispano, se haría famosa en Europa. Publicada en Cesena en 1780, la *Historia antigua de México y de la Conquista*, guarda un tardío testimonio de la perduración de la memoria de Sahagún. Clavijero nos habla del "laborioso franciscano español, de su dedicación por sesenta años en la instrucción de los indios, de su perfección en el conocimiento de la lengua y la historia mexicanas. Como Eguiara, conserva el recuerdo de una obra "que contenía todo lo relativo a la geografía, a la religión, y a la historia política y natural de México", a la cual nombra *Diccionario universal de la lengua mexicana* y habla del hallazgo de fray Juan de San Antonio, al que llama *Historia general de la Nueva España*. El ilustre jesuita tampoco tuvo datos para establecer una correspondencia entre ambas obras ni supo quizá que algunos de los cronistas que él consultó, particularmente Torquemada y Herrera, habían bebido en aquel "Diccionario universal" del laborioso franciscano español.

Si volvemos los ojos a España, veremos que la noticia dada por fray Juan de San Antonio despertó grande interés en los círculos académicos, y contribuyó a que se empezara a formar un ambiente muy receptivo para todo lo que se relacionaba con Sahagún y su obra. Pocos años después, en 1762, otro hecho vino a reforzar este ambiente. Sucedió que un miembro de la Academia de la Historia, Felipe Samaniego, supo que el librero madrileño Antonio Sanz vendía un manus-

¹² *Ibid.*, p. 214.

crito en lengua mexicana. Los académicos decidieron comprarlo, lo cual se logró, como se puede leer en el acta de la Academia de la sesión de julio del año citado. Pocos días después el mismo librero visitó al benedictino Martín Sarmiento, que había sido cronista de Indias, para mostrarle otro manuscrito en mexicano, quien lo enseñó a Felipe Samaniego. Ambos reconocieron el parentesco de este manuscrito con el que acababa de adquirir la Academia. Aunque esta corporación quiso comprarlo, el librero Sanz se negó a desprenderse de él. Francisco del Paso y Troncoso y Joaquín García Icazbalceta, en sus estudios sobre Sahagún, cuentan detalladamente este suceso tomando como principal información la que José Fernando Ramírez había reunido durante su estancia en Madrid.¹³

De todo esto interesa resaltar que los hallazgos de los manuscritos de Sahagún —el códice del convento de Tolosa y el de la Academia— venían a constatar la existencia de las obras de aquel franciscano que sólo era conocido en las crónicas de sus hermanos y en las bibliografías de los eruditos.

La atmósfera se hacía cada vez más propicia para que alguien comenzara el rescate de la obra de Sahagún que ya llevaba esperando dos siglos. Tocó esta tarea a Juan Bautista Muñoz. Erudito de su tiempo, Muñoz vivió para reunir papeles y organizar archivos. Nombrado Cosmógrafo Mayor de Indias en 1770, pronto se avocó a conseguir el manuscrito guardado en Tolosa, el cual, por estar redactado en castellano, iba a facilitar el nuevo camino que empezaba a abrirse. En 1783, con una Real Orden, Muñoz logró llevar a Madrid el citado manuscrito, que quedó depositado en la Academia de la Historia, en la que después se llamó Colección Muñoz.

Si bien es verdad que don Juan Bautista nunca pudo emprender ninguna tarea en relación con la vida de Sahagún ni con la edición de su obra, su acción respecto del códice hallado en Tolosa tuvo consecuencias importantes ya que se sacaron dos copias de él, que, como veremos, fueron los textos matrices para las primeras ediciones de la *Historia general de las cosas de Nueva España* y, al mismo tiempo, fuentes importantes para conocer la vida del franciscano.

Un último hecho vale la pena recordar dentro del siglo de las luces. Me refiero a la publicación en Florencia, en 1793 de la obra *Bibliotheca Mediceae Palatinae in Laurentianam translatae Codices...* de Angelo María Bandini. Por vez primera, en ella aparecía descrito el trabajo más logrado de Sahagún, el famoso *Códice Florentino*. Bandini

¹³ Las aportaciones de estos tres investigadores, Paso, Icazbalceta y Ramírez serán analizadas en las siguientes páginas.

reproduce fragmentos de algunos prólogos de los doce libros del *Códice*, y la dedicatoria, en latín, antepuesta al libro VI, dirigida a fray Rodrigo de Sequera.

La descripción de Bandini era como un faro de luz en el oscuro camino hacia Sahagún y su obra. Un nuevo manuscrito, verdaderamente espectacular, era dado a conocer. De manera que, a lo largo del siglo XVIII se habían localizado tres grandes códices de la *Historia general*: el de Tolosa, el *Matritense de la Academia de la Historia* y el *Florentino*.¹⁴ Una minoría ilustrada en Europa y México, podía ya editarlos y comenzar a reconstruir la vida del hombre que los ideó. Tal realidad no tardó en suceder como veremos a continuación.

Las primeras biografías de Sahagún: siglo XIX

Al terminar la tercera década del siglo XIX, concretamente entre 1829 y 1831, aparecieron las dos primeras ediciones de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, según el texto del *Códice de Tolosa*. Por una parte Carlos María de Bustamante, en México y por la otra Sir Edward King, vizconde de Kingsbourough, en Londres, habían obtenido copias del manuscrito que tuvo en sus manos Juan Bautista Muñoz. Por fin, la comunidad académica podía leer la famosa obra que contenía "todo lo relativo a la geografía, a la religión y a la historia política y natural de México". Y si bien ninguno de los dos escritores incluyó biografía ni estudio introductorio a sus ediciones, los prólogos que el mismo Sahagún antepuso a cada uno de los doce libros, eran reveladores de la personalidad del franciscano. En resumen, la obra era un acicate para ahondar en la vida de su autor, reconocido ya como el historiador que nos había legado la cosmovisión de una de las altas culturas de la humanidad.

Ahora bien, la nueva valoración de Sahagún no sería completa si no recordamos el contexto en que se produjo. Es necesario traer a la memoria el gusto por la historia que se desató desde fines del siglo XVIII y que culminó en un sentimiento de intensa historiografía en el seno de la vida cultural de Europa y América. Es la época del nacimiento de la egiptología, la asiriología y, tímidamente, del americanismo. Respecto de México hay que recordar también otro factor que ayuda a perfilar este contexto del que venimos hablando y es, concretamente el nacionalismo alentado vivamente a raíz de la Independencia. Investigadores y aficionados se lanzaron a la tarea de pro-

¹⁴ El *Códice* que se conserva en el Palacio Real fue dado a conocer más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX. Vid, García Icazbalceta, *op. cit.*, p. 357.

fundizar en las raíces de México, particularmente en aquellas que conducían al pasado prehispánico, para buscar la herencia propia en donde sustentar la razón histórica del México independiente. Poco a poco, a medida que el siglo avanzaba, se iba consolidando una corriente historiográfica que culminó en un Renacimiento mexicanista.¹⁵

Dentro de este Renacimiento, las crónicas del siglo xvi fueron consideradas como las fuentes genuinas que había que conocer. Entre todas ellas, la *Historia general de las cosas de Nueva España* venía a ser un hallazgo único, un manantial inagotable de datos sobre la lengua y la cultura del México antiguo. Ante tal tesoro, cobró interés la figura de su autor, el franciscano de Sahagún de Campos cuya vida estaba por ser investigada y valorada. José Fernando Ramírez, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso y Joaquín García Icazbalceta dedicaron parte de su tiempo a perfilar la vida del franciscano. Fuera de México, el español Cayetano Rosell y los franceses Rémi Siméon y Eugène Boban también entraron en esta gran aventura en torno a Sahagún.

José Fernando Ramírez, político destacado y distinguido historiador, fue el primero que enfocó la atención sobre Sahagún. Sabemos que proyectó acometer un estudio acerca de él y corregir los errores de las ediciones de Bustamante y Lord Kingsbourough. No lo logró. Es posible que su agitada vida, sus exilios en Europa, fueran factores que entorpecieran sus trabajos. Es posible también que entre sus papeles hubiera algunos sobre fray Bernardino y que Alfredo Chavero, que compró su biblioteca, los consultara.¹⁶ Conservamos de él un trabajo valioso sobre el tema que nos ocupa, redactado en Madrid en 1865. Es el relativo a los *Códices Matritenses*, particularmente al de la Academia de la Historia y al de Tolosa. Lo tituló "Códices Mexicanos de Fray Bernardino de Sahagún" y se publicó en 1885 en el *Boletín* de la citada Academia, t. 4, p. 85-124. La información reunida en este trabajo fue de gran provecho, como veremos, para las biografías de Paso e Icazbalceta.

Alfredo Chavero, ministro de Porfirio Díaz, y miembro destacado del grupo de "los científicos" es el primero que logra publicar una monografía sobre la vida y la obra del franciscano. La tituló "Apuntes

¹⁵ Sobre este Renacimiento mexicanista *vid.* Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilloli, Impresos nahuas*, México, UNAM, v. 1, p. 104 y sigs.

¹⁶ Así lo piensa Howard F. Cline en su trabajo "Sahagún and his Works", *Handbook of Middle American Indian. Guide to Ethnological Sources*, Robert Wauchope General Editor, Austin, University of Texas Press, 1973, v. 13, part 2, p. 375.

sobre bibliografía mexicana. Sahagún”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1877, v. vi, p. 54. En ella Chavero logra reconstruir los momentos más importantes de su vida en correlación con la redacción de sus escritos. Toma como punto de partida los datos proporcionados por los cronistas novohispanos, y, desde luego, los que el propio Sahagún antepone a los doce libros de la *Historia general*. Para Chavero, como para la mayoría de los biógrafos de fray Bernardino, es precisamente la *Historia* la obra más interesante, aunque también la más difícil de estudiar. Al tratar de comprender la génesis de su elaboración, el erudito mexicanista llega a distinguir diez traslados e incluso trata de reconocer la letra de algunos de los colaboradores del franciscano. El trabajo de Chavero es un meritorio intento con logros estimables en lo que se refiere a periodización e identificación de manuscritos. Finaliza su estudio exhortando a las instituciones oficiales a que se interesen por propiciar las ediciones de las obras de Sahagún.

Al mismo tiempo que en México cuajaban los primeros estudios biográficos, en Francia y España salían a la luz tres escritos sobre este mismo tema, debidos, como ya se dijo, a Siméon, Boban y Rosell.

Rémi Siméon, mexicanista destacado y autor, entre otras obras, de un valioso *Dictionnaire de la langue nahuatl o mexicaine*, publicó la traducción al francés de la *Historia general* con el título de *Histoire générale des choses de la Nouvelle Espagne*, Paris, G. Masson Editeur, 1880, LXXIX + 898 p., ils. En esta magna empresa contó con la colaboración de David Jourdanet, médico francés que había vivido muchos años en México. Ambos elaboraron un amplio prólogo de ochenta páginas con objeto de dar a conocer al lector de habla francesa la geografía de Anáhuac y la historia mexicana del siglo xvi. Jourdanet escribió acerca de la naturaleza del valle de México en tanto que Siméon centró su atención en la vida de Sahagún y sobre todo en el contenido histórico-etnográfico de su obra. Encontró especialmente atrayente el libro vi y consideró la aportación del franciscano de gran utilidad para el historiador, el filólogo y el lingüista.

Un año después Eugène Boban sacaba a luz en París una obra de envergadura, *Documents pour servir à l'histoire du Mexique. Catalogue raisonné de la collection E. Eugène Goupil (ancienne Collection J. M. Alexis Aubin)*, Paris, Ernest Leroux, Editeur, 2 vols. Boban había llegado a México como anticuario de Maximiliano de Habsburgo y se quedó en este país veinticinco años. Parte del *Catálogo* son biografías breves de historiadores famosos, entre ellas las de Bernardino de Sahagún.

Cayetano Rosell, en 1882 presentó a la Academia de la Historia de Madrid una nota intitulada "Informe. Historia universal de las cosas de Nueva España por el R. P. Fray Bernardino de Sahagún". Ese mismo año fue publicado en el *Boletín* de la propia Academia, v. 2, p. 181-185. Aunque breve, el trabajo de Rosell es una llamada de atención sobre la grandeza de la obra de Bernardino, concretamente sobre los códices de Madrid y de Florencia y sobre la conveniencia de patrocinar una edición de la *Historia general* con los manuscritos conocidos y con otros que se pudiesen descubrir.

Estos tres autores contribuyeron a promover la figura de Sahagún en sus respectivos países. Pero, volvamos a México, donde dos incansables investigadores estudiaban a fondo la figura del misionero franciscano. Me refiero a Del Paso y Troncoso y a García Icazbalceta.

Francisco del Paso y Troncoso cuenta con un lugar destacado entre estos primeros biógrafos de Sahagún. Porque aunque es verdad que él no publicó ninguna biografía, hoy día conocemos sus cartas enviadas a García Icazbalceta que guardan un cúmulo de información sobre la vida del franciscano. Casi un siglo estuvieron esperando ser publicadas hasta que por fin en 1982 y 1983 las dio a la imprenta Ignacio Bernal, descendiente de don Joaquín. Con el título de "Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún, tema de dos cartas inéditas a Joaquín García Icazbalceta" aparecieron en *Estudios de Cultura Náhuatl*. Escritas en 1884 y 1885, al leerlas confirmamos lo que don Joaquín afirmó en su biografía de Sahagún, "la profunda sabiduría de Del Paso y su generosidad poco común. Frase que nos lleva a pensar también en la generosidad de Icazbalceta al decir que su biografía debería ir firmada por Del Paso y Troncoso.

Las cartas son un cúmulo de respuestas a un sin fin de preguntas que Icazbalceta le había formulado con objeto de enriquecer la amplia biografía de Sahagún que estaba terminando de redactar. Aunque él define a estas respuestas como "dos o tres noticias",¹⁷ en realidad son más de treinta, largas, cargadas de erudición, a veces incluso de lectura complicada. Porque si bien el lenguaje de Paso es pulido y preciso, el contenido nos introduce en la espesa maraña que rodeaba los traslados de Sahagún y que aún hoy no está totalmente clarificada. Al leerlas nos percatamos de que Paso se metió en una búsqueda difícil, tras una pista a veces perdida, ante la cual, el autor desarrolla una labor detectivesca, no exenta de intuición e incluso de imaginación. El hallazgo posterior de documentos confirma o desdice esta labor

¹⁷ Francisco del Paso y Troncoso, "Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1982, v. 15, p. 250.

pero al final siempre quedan datos firmes, atisbos valiosos. Si pensamos que los escritos en forma de epístolas constituyen un género importante en la literatura de todos los tiempos, estas cartas pueden ser vistas como un ejemplo de "epístolas históricas" dentro de la moderna historiografía mexicanista.

Dado que el contenido de las cartas de don Francisco está tan aprovechado en la biografía que Joaquín García Icazbalceta redactó sobre Sahagún, me parece conveniente y justo comentar conjuntamente lo aportado por ambos autores sin tratar de deslindar qué corresponde a cada uno de ellos, lo cual, además sería muy difícil.

Joaquín García Icazbalceta es, sin discusión, el gran biógrafo de Sahagún. En 1866 publicó la que se considera obra modelo en su género, *Bibliografía Mexicana del Siglo xvi. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*. En ella dedica casi cincuenta páginas a la "vida de fray Bernardino de Sahagún". Por fin el misionero franciscano, que había consagrado más de sesenta años a la comprensión de la cultura de los pueblos nahuas, cobra vida como el gran etnohistoriador, antropólogo y filólogo dentro de la historiografía universal moderna.

¿Cómo logró García Icazbalceta redactar tales páginas consideradas aún hoy de lectura indispensable para cualquier saha-gunista? Creo que no es ir demasiado lejos si consideramos que don Joaquín quedó atrapado cuando leyó la *Historia general* por el mundo que en ella logró plasmar su autor. Un mundo radicalmente diferente del europeo en un momento histórico singular, en el que los seres humanos, ante un tremendo choque cultural, responden inventando soluciones para el futuro. Tal fue el siglo xvi novohispano. Icazbalceta ahondó en ese mundo y en sus protagonistas, particularmente en Sahagún. Durante años, busca datos sobre el misionero, establece correlaciones, interpreta hechos y logra estructurar una secuencia bibliográfica rica en información, de lectura atrayente y plena de actualidad. Su trabajo es, en síntesis, una minuciosa reconstrucción de la vida de Bernardino y un intento por recuperar los pasos, oscuros y aún perdidos, de sus múltiples escritos y traslados.

Para ello contó, en primer lugar, con los datos proporcionados por el propio Sahagún en la *Historia general* y en otros escritos y con las noticias de los cronistas, bibliógrafos y eruditos ya citados. Tuvo en su mano libros y papeles de la rica biblioteca de Alfredo Chavero, que había pertenecido a José Fernando Ramírez, y desde luego de la suya propia, no menos rica. Contó con el artículo de Chavero y sobre todo utilizó magistralmente el contenido de las cartas de Paso al dotar

de conexión estructurada a las respuestas de don Francisco. Integró todos estos materiales y dio vida a la primera gran biografía del franciscano que hoy, un siglo después, sigue teniendo plena actualidad.

Sin ánimo de emprender un análisis detenido sobre el contenido de la biografía que nos ocupa, vale la pena, al menos, presentar una síntesis de los momentos claves de la vida de Sahagún, así como de los datos e interpretaciones aportados por Icazbalceta y Paso.

En primer lugar, interesa a ambos ahondar en los años juveniles de Sahagún de los cuales, hasta la fecha sabemos muy poco. Llegan a la conclusión que estudió en Salamanca y que perteneció a la Provincia de Compostela y no a la de Cantabria. Reconstruyen su venida a México en la "barcada de 1529" encabezada por fray Antonio de Ciudad Rodrigo y logran registrar los nombres de sus compañeros de viaje, tanto de sus hermanos de orden, como de los nobles indígenas que Cortés había llevado a España y que ahora regresaban. Este dato es de gran importancia y lo encontró Paso en las anotaciones que Domingo Chimalpahin puso a un ejemplar de la *Historia de la Conquista de México* de López de Gómara, hoy perdido.¹⁸

Importa a ambos autores delimitar las actividades de Sahagún durante sus primeros años de residencia en la Nueva España dedicado a una triple función, pastoral, administrativa y docente, con idas y venidas a los recién fundados conventos de Tlalmanalco, Valle de Puebla, Xochimilco y Michoacán. Ofrecen ellos la imagen de un Sahagún juvenil, dinámico, entregado a la tarea misional y, a la vez, siempre atento a las actividades del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, del que fue cofundador en 1536 y en el que incluso en estos primeros años tuvo largas estadias.

La reconstrucción de Icazbalceta y Paso permite mirar de cerca la etapa siguiente, es decir la de los años de madurez del franciscano, particularmente aquellos que constituyen su etapa de investigador a partir de 1558. Fue entonces cuando, por encargo de sus superiores, se entregó a la tarea de ahondar en el pensamiento del México antiguo. Años críticos en los que alternó periodos de entusiasta actividad con otros de inactividad involuntaria, consecuencia del desfavor y hostilidad de los que él llamaba sus "émulos". Estos años de madurez, 1558-1580, representan el momento clímax en la vida y obra de Sahagún, su consolidación como el maestro por excelencia del Colegio de Santa Cruz y como el investigador que, con su equipo, logra dar forma a la que hoy conocemos como *Historia general de las cosas de Nueva España*.

¹⁸ Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, p. 265.

Por otra parte ambos autores coinciden en desmagnificar el controvertido tema de las persecuciones de que fue objeto Sahagún durante estos años de logros. A través de una descripción pormenorizada de los hechos desmenuzan las circunstancias que rodearon este asunto. Especialmente Paso dedica muchas páginas a buscar el origen y las causas de la enemistad de Motolinía y Sahagún y el ataque que este último hizo al Calendario de fray Toribio, en 1569. Ambos piensan que tal ataque fue factor determinante en la actitud de fray Alonso de Escalona cuando en 1570 mandó dispersar los escritos de Sahagún. Concluyen que nuestro franciscano, de natural humilde, en aquel momento no se dejó llevar de la mansedumbre; antes bien se guió por la pasión y así, dice Paso, “pagó tributo a la humana miseria”.

Recientemente, el hallazgo de un documento, ha venido a confirmar las sospechas de Paso e Icazbalceta. Me refiero a la denuncia de fray Bernardino ante la Inquisición de una obra de Motolinía “que anda por esta Nueva España”. Conservado en el Archivo General de la Nación de México, ha sido publicado por Georges Baudot. En él se transluce el final dramático de una enemistad; se dejan ver también, como dice Baudot, “las asperidades que rodean la elaboración de la *Historia General*”.¹⁹

Respecto de la recogida de los papeles por Felipe II coinciden también en emitir un juicio complejo en el que entran como culpables no sólo el rey sino también los seguidores de Ovando y algún religioso que denunció la obra. Pudo haber miedo, piensan ellos, ante un libro en el que se hablaba con inusitada libertad de la Conquista, y que podía afectar la mentalidad de una sociedad que aún tenía presa la memoria en los acontecimientos relatados por Sahagún.

A estas y otras reflexiones no menos interesantes sobre la vida de Sahagún se suman las muchas páginas que dedican a la descripción de sus obras. Uno por uno los manuscritos del franciscano son analizados desde sus orígenes hasta el presente, especialmente los que constituyen la *Historia general de las cosas de Nueva España*. Los lectores de Sahagún saben que aún hoy día los sahadunistas no han llegado a un acuerdo sobre el número de traslados y escritos que integran tal obra; obviamente más difícil era el tema hace un siglo. Pues bien, la tarea de Paso e Icazbalceta consistió en buscar más y

¹⁹ Georges Baudot, “Fray Toribio de Motolinía denunciado ante la Inquisición por fray Bernardino de Sahagún en 1572”, *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso Bresilien*, Université de Toulouse - Le Mirail, 1990, nº 55, p. 13-17.

más datos y correlacionarlos mediante posibilidades hasta alcanzar explicaciones lógicas, lo más precisas posibles. Son ellos los primeros que distinguen cuatro manuscritos cardinales en la elaboración de la *Historia general*: el de Tepepulco; el de Tlatelolco, de "ruin letra", revisado en San Francisco de México; el de 1569, de "buena letra" y la copia final "muy historiada" entregada a fray Rodrigo de Sequera.

Sobre los escritos de Tepepulco ambos opinan que se desconoce su paradero. En aquel momento no imaginaba don Francisco que muy poco después él mismo los identificaría en los *Códices Matritenses*.²⁰ En cambio acertaron respecto de los demás manuscritos: el de Tlatelolco que correlacionaron con el *Códice de la Academia de la Historia* y el Sequera, con el *Florentino*. Interesantes son también las consideraciones que hacen acerca del *Sumario* hoy perdido que llevaron a España los padres Miguel Navarro y Jerónimo de Mendieta para entregar a Juan de Ovando.

Preocupó a nuestros autores, sobre todo a Icazbalceta, cuál fue la suerte de estos manuscritos, y así nos lo hace saber: "en este punto surgen nuevas dudas y no alcanzo a relacionar bien los códices existentes con los que aquí se hicieron, ni con los que aparecen remitidos a España".²¹ Después de una larga reflexión concluye que fueron sólo dos: el manuscrito de 1569 llevado por el virrey Enríquez y el dedicado a fray Rodrigo de Sequera. Mérito indiscutible es deshacer el enredo, creado por fray Agustín de Vetancurt de la existencia de dos virreyes portadores a España de textos de Sahagún. Tal enredo sobrevino al crearse el nombre de un virrey imaginario, Martín de Villamanrique, formado con el nombre de Martín Enríquez y el título de Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique.

Dentro de esta preocupación los autores prestan gran atención al manuscrito de Tolosa. Después de una larga disquisición, Icazbalceta y Paso piensan que es una copia coetánea, con ligeras variantes, del texto castellano del *Florentino*, llevada a Tolosa por los padres Navarro y Mendieta. Las vicisitudes del *Códice* desde que lo tuvo en sus manos Juan Bautista Muñoz hasta que lo editaron Bustamante, lord Kingsbrough y Rémi Siméon es también un relato que atrae a cualquier amante de la historia.

Para no alargar más este comentario a la biografía de Icazbalceta y Paso, señalaré una última aportación que da luz en el pano-

²⁰ No hay que olvidar que ninguno de estos autores había tenido en sus manos los *Códices Matritenses*. Ambos trabajaban con los datos del citado artículo de José Fernando Ramírez.

²¹ Joaquín García Icazbalceta, *op. cit.*, p. 352.

rama de los escritos de Sahagún. Me refiero a la rica información que proporcionan acerca de textos hasta entonces poco conocidos como la segunda versión de la Conquista, el *Kalendario*, el *Arte Adivinatoria*, el *Vocabulario en tres lenguas*, la *Postilla* y otros. La descripción de tales escritos es un valioso complemento a este primer estudio biográfico sobre fray Bernardino y un paso importante en el conocimiento del *corpus* sahanguniano.

Al reflexionar sobre el valor de esta biografía trazada conjuntamente por Icazbalceta y Paso cabe considerarla como una piedra miliar en el largo camino que lleva a Sahagún y a su mundo, a la vez que un trabajo modelo de erudición, intuición e imaginación, de búsqueda y reconstrucción histórica. A través de ella, descubrimos un Sahagún humanizado, incansable en su búsqueda de la vida y la historia de los pueblos nahuas, sorteando toda clase de escollos provenientes de dentro y fuera de su orden y dueño siempre de voluntad y fortaleza para realizar su vocación. Ambos historiadores mexicanistas, al profundizar en el conocimiento de Sahagún, nos ofrecen también una lección de comprensión histórica calibrando las circunstancias y miserias humanas que rodean a todo hombre que se echa a cuestras el logro de una gran tarea. Nosotros, en víspera del siglo XXI, somos deudores a estas dos figuras de habernos dejado un camino abierto a Sahagún y a su siglo dentro de un espíritu de humanismo.

En resumen, todos estos investigadores que contribuyeron al Renacimiento mexicanista, emprendieron un rescate a fondo de la memoria de Sahagún y lograron dar un paso fundamental en el conocimiento de la compleja obra del franciscano. Ellos fueron también los que transmitieron sus inquietudes y sus afanes a los estudiosos del siglo XX.

Con apoyo en sus aportaciones y también en nuevas formas de acercamiento a los textos de Sahagún y sus informantes, los bien conocidos investigadores Eduard Selser, Wigberto Jiménez Moreno, Ángel Ma. Garibay, Luis Nicolau D'Olwer, Howard F. Cline, Charles E. Dibble, Arthur J. O. Anderson, Manuel Ballesteros, Miguel León-Portilla, Georges Baudot, José Luis Martínez y otros vendrían a enriquecer considerablemente nuestro conocimiento acerca de la vida y la obra de fray Bernardino.²²

²² Son también de recordar muy especialmente en este contexto los conjuntos de trabajos acerca de Sahagún, editados por Munro S. Edmonson, *Sixteenth Century Mexico. The Work of Sahagún*, Albuquerque, School of American Research and University of New Mexico Press, J. Jorge Klor de Alva et alii, *The Work of Bernardino de Sahagún, Pioneer ethnographer of Sixteenth Century Mexico*, Albany, The University at Albany State of New York, 1988.

Ascensión H. de León-Portilla (ed.), *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.